

Nguyễn
Phan Quế Mai

EL CANTO DE LAS MONTAÑAS

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

Título original: *The Mountains Sing: A Novel*

Publicado por primera vez en EE.UU. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Algonquin Books of Chapel Hill, una división de Workman Publishing Co., Inc., New York.

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



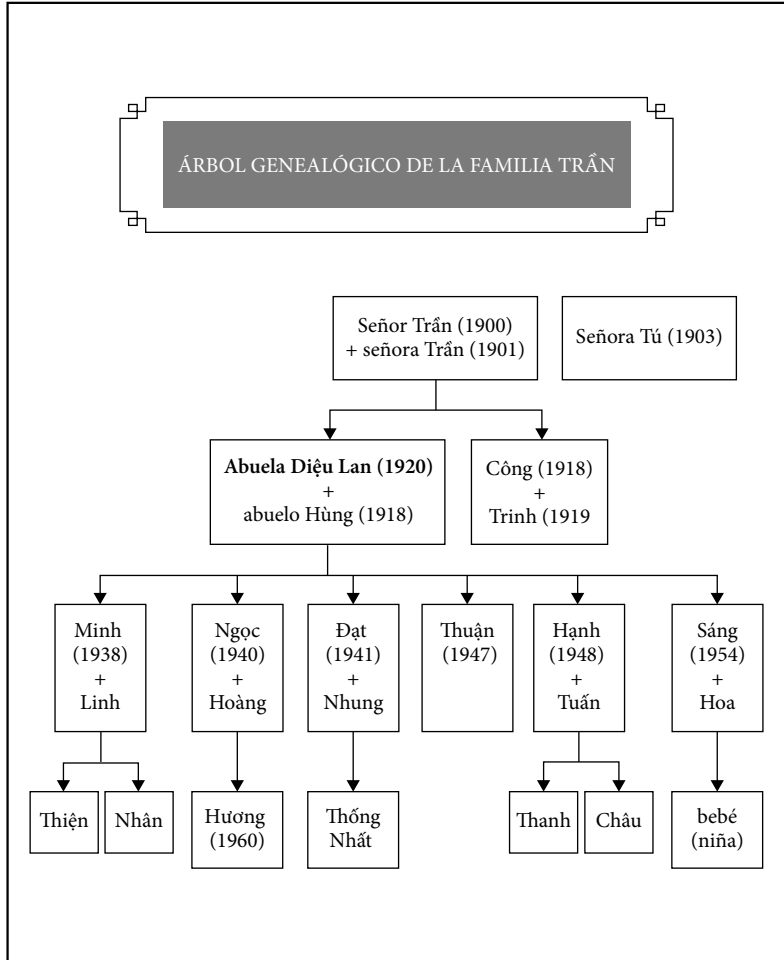
Copyright © 2020 by Nguyễn Phan Quế Mai
© de la traducción: Carmen Francí Ventosa, 2021
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-221-7
Depósito legal: M. 4.222-2021
Printed in Spain

*Para mi abuela, que murió en la gran hambruna; para mi abuelo,
que falleció por culpa de la reforma agraria; para mi tío, cuya
juventud consumió la guerra de Vietnam.
Para los millones de personas, vietnamitas y no vietnamitas, que
perdieron la vida en la guerra.
Ojalá nuestro planeta no vuelva a ver otro conflicto armado.*

Esta novela es una obra de ficción. Aunque los hechos históricos son reales, los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es mera coincidencia.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA TRẦN



Las montañas más altas

Hanói, 2012

Mi abuela me decía que, cuando mueren, nuestros antepasados no desaparecen, sino que siguen protegiéndonos. Y ahora siento que ella me protege mientras enciendo una cerilla y prendo una varilla de incienso. En el altar de los antepasados, detrás de la campana de madera y de las bandejas de comida humeante, los ojos de mi abuela brillan cuando la llama de color azul anaranjado prende el incienso. Agito la varilla para apagarla y, al tiempo que se consume sin llama, las espirales de humo y el aroma ascienden hacia el Cielo, llamando al espíritu de los muertos para que regresen.

—*Bà ơi*—susurro, alzando el incienso por encima de la cabeza. Entre la niebla que difumina la frontera entre nuestros dos mundos, la abuela me sonrío.

—Te echo de menos, abuela.

Una ráfaga de viento entra por la ventana y me acaricia el rostro, tal como hacía mi abuela.

—*Hương*, querida nieta. —Los árboles que crecen junto a la ventana susurran sus palabras—. Estoy aquí contigo, siempre estoy contigo.

Coloco la varilla en el tazón situado delante del retrato de mi abuela. Sus suaves rasgos brillan con el perfume del incienso. Contemplo las cicatrices de su cuello.

—¿Te acuerdas de lo que te dije, querida? —murmura su voz entre las ramas incansables—. Los retos que los vietnamitas han tenido que afrontar a lo largo de su historia son tan altos como las más altas montañas. Si nos detenemos demasiado cerca, no podemos ver las cumbres. Si nos alejamos de las corrientes de la vida, podremos tener una visión completa...

Rojo sobre blanco

Hanoi, 1972-1973

La abuela me da la mano mientras caminamos en dirección al colegio. El sol es como una gran yema de huevo que se asoma entre una hilera de casas con tejado de hojalata. El cielo es tan azul como la falda favorita de mi madre. Me pregunto dónde estará. ¿Habrá encontrado a mi padre?

Me sujeto el cuello de la chaqueta mientras el viento se abre paso y arremolina una nube de polvo. La abuela se inclina y me pone un pañuelo sobre la nariz. Mi mochila del colegio le cuelga del brazo y se tapa la cara con la palma de la mano.

Volvemos a ponernos en marcha en cuanto se disipa el polvo. Por mucho que me esfuerce, no oigo cantar a los pájaros. Busco, pero no encuentro ni una sola flor a lo largo del camino. No hay hierba a nuestro alrededor, solo montones de ladrillos rotos y metal retorcido.

—Guayaba, ten cuidado. —La abuela tira de mí para alejarme del cráter de una bomba. Me llama por mi apodo, Guayaba, para protegerme de los malos espíritus que, según ella cree, rondan la tierra en busca de niños hermosos para secuestrarlos. Dice que mi nombre verdadero, Hương, que significa ‘fragancia’, los atraería.

—Cuando vuelvas a casa tendrás tu comida favorita, Guayaba —me dice la abuela.

—¿Sopa *phở* con fideos? —La felicidad hace que me salte un escalón.

—Sí... Los ataques aéreos no me han dejado cocinar, pero ahora está todo en calma, así que vamos a celebrarlo.

Antes de que pueda contestar, una sirena rompe nuestro momento de paz. Una voz femenina grita desde un altavoz atado a un árbol.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Se acercan los bombarderos americanos a Hanói. Están a cien kilómetros de distancia.

—*Ôi trời đất ơi!* —La abuela invoca al Cielo y a la Tierra. Corre tirando de mí. Ríos de gente salen de las viviendas como si fueran hormigas huyendo de un hormiguero destrozado. A lo lejos, desde lo alto de la ópera de Hanói, aúllan las sirenas.

—Por aquí. —La abuela corre hacia un refugio antiaéreo excavado al borde del camino. Tira de la pesada tapa de hormigón.

—¡No hay sitio! —grita una voz desde abajo. En el interior del agujero redondo, en el que solo cabe una persona, hay un hombre medio arrodillado. El agua fangosa le llega hasta el pecho.

La abuela se apresura a cerrar la tapa. Tira de mí hacia otro refugio.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Los bombarderos americanos se aproximan a Hanói. Están a sesenta kilómetros de distancia. Las fuerzas armadas se disponen a rechazarlos. —La voz femenina parece más imperiosa. Las sirenas son ensordecedoras.

Vamos refugio tras refugio, pero están todos llenos. Delante de nosotras, la gente se precipita de un lado a otro como pájaros con las alas rotas, abandonando bicicletas, carros, bolsos. Una niña pequeña, sola, llama a gritos a sus padres.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Los bombarderos americanos se acercan a Hanói. Están a treinta kilómetros de distancia.

Aturdida por el miedo, tropiezo y me caigo.

La abuela me levanta. Tira mi mochila del colegio a un lado de la calle y se agacha para que me suba a su espalda. Me sujeta las piernas con las manos y echa a correr.

Un ruido ensordecedor se aproxima; se oyen explosiones lejanas. Me agarro a los hombros de la abuela con manos sudorosas, aplasto la cara contra su cuerpo.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Se acercan más bombarderos americanos a Hanói. Están a cien kilómetros de distancia.

—Corred al colegio, no van a bombardearlo —grita la abuela a un grupo de mujeres que cargan con niños en brazos o a la espalda. A los cincuenta y dos años, la abuela es fuerte. Pasa corriendo junto a las mujeres y se pone a la altura de las que van delante. Entre sacudidas presiono la cara contra su largo cabello negro, que huele como el de mi madre. Mientras pueda olerlo estaré a salvo.

—Hương, corre conmigo. —La abuela se acuclilla delante de mi colegio, jadeando. Tira de mí hacia el patio y se mete en un refugio vacío situado junto a un aula. Me deslizo a su lado y el agua me llega hasta la cintura; me agarra con manos heladas. Hace un frío horrible. Estamos a principios del invierno.

La abuela se incorpora para cerrar la tapa. Me abraza y el latido de su corazón palpita en mi sangre. Agradezco a Buda que nos haya dado este refugio en el que cabemos las dos. Tengo miedo por mis padres, que están en el frente. ¿Cuándo volverán? ¿Habrán visto al tío Đạt, al tío Thuận, al tío Sáng?

Las explosiones se acercan. El suelo se mece como si fuera una hamaca. Me tapo los oídos con las palmas de las manos.

El agua sube de golpe, me moja la cara y el pelo, me nubla la vista. El polvo y las piedras se cuelan por una pequeña hendidura y me caen en la cabeza. Se oye el fuego antiaéreo. Hanói devuelve el ataque. Más explosiones. Sirenas. Gritos. Intenso olor a quemado.

La abuela se lleva las manos al pecho.

—*A Di Đà Phật, Nam Mô Quan Thế Âm Bồ Tát.* —De sus labios sale un torrente de plegarias a Buda. Cierro los ojos y la imito.

Las bombas siguen rugiendo. Sobreviene un minuto de silencio. Un ruido estridente. Me encojo de miedo. Una tremenda explosión nos impulsa hacia la tapa del refugio. El dolor me oscurece los ojos.

Aterrizo con los pies sobre la barriga de la abuela. Tiene los ojos cerrados, las manos parecen una flor de loto en su pecho. Reza mientras el ruido atronador desaparece y se elevan los gritos de la gente.

—Abuela, tengo miedo.

Tiene los labios azules, tiembla de frío.

—Ya lo sé, Guayaba... Yo también tengo miedo.

—Abuela, si bombardean el colegio, ¿se... se hundirá este refugio?

Se agita en el reducido espacio y me atrae hacia sus brazos.

—No lo sé, cariño.

—¿Si se cae moriremos, abuela?

Me abraza con fuerza.

—Guayaba, si bombardean el colegio, quizá el refugio se nos caiga encima, pero solo moriremos si Buda lo consiente.

No morimos aquel día de noviembre de 1972. Después de que las sirenas anunciaran el final del bombardeo, la abuela y yo salimos, temblando como hojas, y avanzamos tamba-

leantes por la calle. Se habían derrumbado varios edificios, los escombros cubrían el camino. Reptamos tosiendo por montones de cascotes. Los ojos me ardían con las espirales de humo y polvo.

Agarré con fuerza la mano de la abuela mientras contemplaba a las mujeres que se arrodillaban y aullaban junto a los muertos cuyos rostros habían cubierto con ajadas alfombrillas de paja. Las piernas de los cadáveres nos apuntaban. Piernas mutiladas, cubiertas de sangre. De una piernecita colgaba un zapato rosa. La niña muerta tendría mi edad.

Empapada, cubierta de barro, la abuela tiró de mí, cada vez más deprisa, y pasamos junto a trozos humanos dispersos, casas derruidas.

Sin embargo, al lado de la sombra del *bàng*, nuestra casa se alzaba bajo un sol glorioso e incoherente. Había escapado de milagro. Solté la mano de la abuela y corrí hacia la puerta de entrada.

La abuela me ayudó a cambiarme a toda prisa y me metió en la cama.

—Quédate en casa, Guayaba. Baja si vuelven los aviones —dijo, señalando el refugio antiaéreo que mi padre había excavado en el suelo, junto a la entrada del dormitorio. El refugio era lo bastante grande para las dos y estaba seco. Prefería refugiarme ahí, bajo la atenta mirada de mis antepasados, cuya presencia irradiaba el altar familiar situado en lo alto de la estantería.

—Pero... ¿adónde vas, abuela? —pregunté.

—A mi colegio, a ver si mis alumnos necesitan ayuda. —Me arropó con nuestra fina manta.

—Abuela, es peligroso...

—Está a dos manzanas, Guayaba. Volveré corriendo en cuanto oiga la sirena. ¿Me prometes que te quedarás aquí?

Asentí.

La abuela se dirigió a la puerta de la casa, pero volvió a mi cama. Me calentó el rostro con la mano.

—¿Me prometes que no saldrás a curiosear?

—*Cháu hũa* —contesté con una sonrisa para tranquilizarla. Nunca me dejaba ir sola a ningún sitio, ni siquiera durante los meses sin bombardeos. Siempre había temido que me perdiera. Me preguntaba si mi tía y mis tíos tendrían razón cuando afirmaban que la abuela me sobreprotegía porque sus hijos habían sufrido cosas terribles.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, me levanté y cogí un cuaderno. Moje la plumilla en el tintero.

«Queridos mamá y papá», escribí, empezando una nueva carta para mis padres sin dejar de preguntarme si les llegaría alguna vez. Se desplazaban con las tropas y no tenían dirección fija.